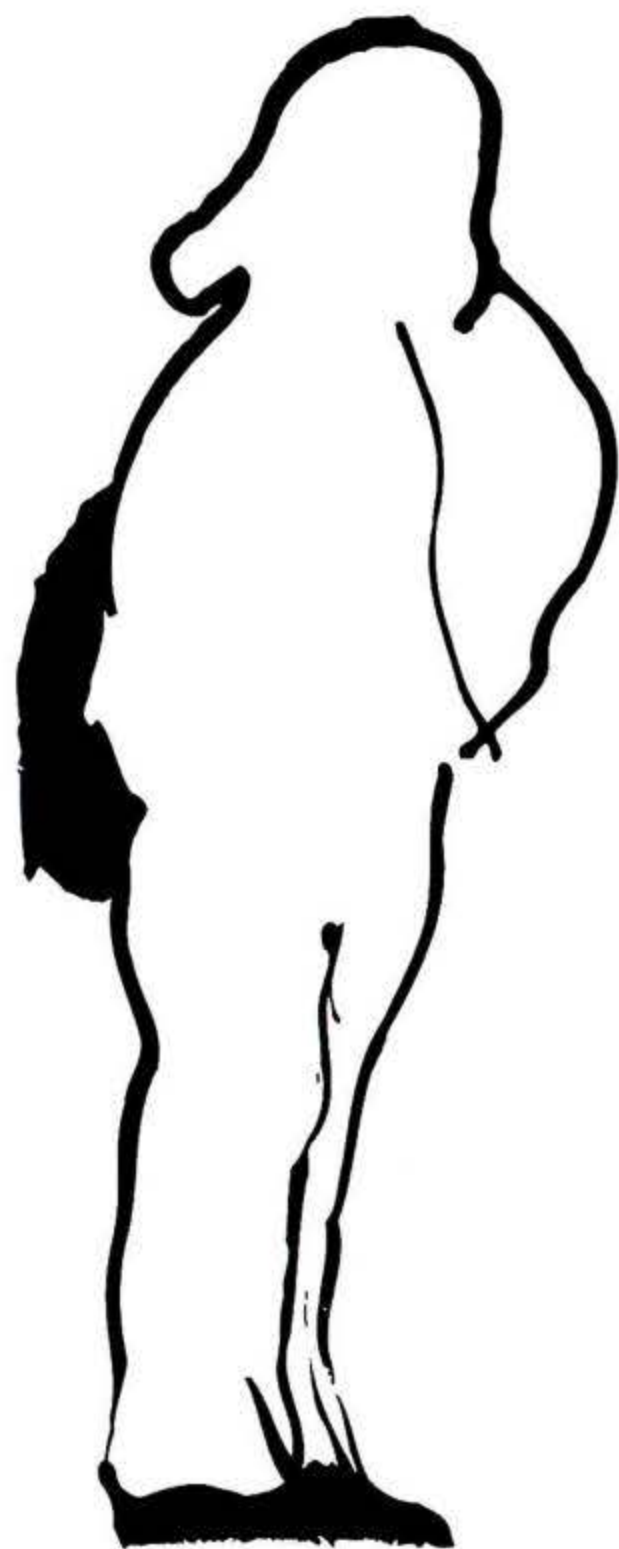


central de Urumita; sino que le pagó a la banda del pueblo para que toque en su funeral; convino con el párroco los detalles de las honras fúnebres y hasta tiene en su despensa el café, que brindarán sus familiares en el velorio" (pág. 142). En cualquiera de las crónicas, la impresión de que hemos dejado de lado un universo completo, sorprendente, a nuestro nivel, por estar pensando en las alturas o el subsuelo, crece y nos trastoca.



Quizá el punto débil de McCausland sea la política; es decir, aquellas historias donde los personajes ven alterado el curso de sus vidas por la violencia de un régimen o de un individuo que defiende ciertas ideas políticas; algo nada raro en este país, donde, como diría un Daniel Samper Pizano, se dice que hubo un día de paz un fin de semana de 1910, pero no es un dato comprobado. Por eso cuando, tal vez para no perder el encanto narrativo de la crónica, se limita a describir el terrible resultado de la actuación del régimen cubano sobre una madre y su hijo, los desmanes bárbaros de un grupo guerrillero, o el abuso de un gobernante,

sin crear una argumentación racional en torno a ello, no da más que una visión contemplativa del problema. Y eso es grave: cuando se renuncia al análisis, la sensiblería queda como única herramienta de discurso.

Tiene sus límites, entonces, esta forma de periodismo, inclusive dentro de su marco particular integrado por la narración sobre el ser individual. Marca sin duda un camino interesante, necesario, para observar a una Colombia viva, fascinante, que yace oculta bajo un montón de datos numéricos, definiciones colegiales de "Patria" e indicadores económicos. Por eso, porque parece indicar un camino provechoso pero que no basta para entender en profundidad los problemas que vemos cada día ante nuestros ojos, creo que el libro le deja a uno una tarea: ir aún más allá de sus narraciones e interpretar una Colombia real, una unión de individuos, cada uno con su propia historia, pero todos habitando el mismo suelo.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Una historia de goma y tijeras

La aventura infantil a mediados de siglo
Cecilia Muñoz y Ximena Pachón
Editorial Planeta, Santafé de Bogotá,
1996, 352 págs.

Las dos autoras de este libro tienen una notable trayectoria investigativa en el tema de la niñez colombiana, sobre el que han publicado una serie de importantes trabajos, sobre todo de tipo sociológico. Tal vez comprendiendo la necesidad de darle una perspectiva histórica a los factores que explican el estado actual de nuestra infancia, las dos investigadoras se han dado a la tarea de emprender una reconstrucción histórica de la cuestión durante el siglo XX. En sí misma, esta labor es significativa si se tiene en cuenta que, junto con otros sectores sociales —tales como las mujeres, los indígenas, los negros, los campesinos—, los niños están claramente

ausentes de la historia que se ha escrito en Colombia. Desde este punto de vista, el libro es bienvenido, pues se decide a abordar una temática absolutamente inédita en la investigación histórica nacional.

Para comenzar, el libro considera la expansión urbana de Bogotá desde los años treinta, que es el contexto en el que discurre la evolución de la vida de los niños. Ese primer capítulo es, sin embargo, demasiado convencional y descriptivo, sin que logre captar la esencia no sólo de la transformación de la ciudad capital sino de todo el país, transformación que se expresa influida por las importantes modificaciones sociales, económicas y culturales que conoció el país entre 1920 y 1960. Por ejemplo, no hay ninguna consideración sobre el impacto de la industrialización, de la migración del campo a la ciudad, del crecimiento urbano y mucho menos del factor más relevante: la violencia. Sin considerar esos factores, decisivos para poder entender la situación específica de cualquier sector de la población colombiana, las autoras hacen una descripción sobre los edificios públicos, la inseguridad e insalubridad, la mendicidad, el auge de la clase media y la vida cotidiana. Aun si se aceptara este tipo de aproximación, no deja de ser discutible el considerar sin ningún tipo de circunspección cosas tan vagas como, por ejemplo, eso de la emergencia de la clase media a mediados de los años 1930, sin que se efectúe el mínimo análisis demográfico o de la población económicamente activa. Como sucederá a lo largo del libro, la afirmación sobre la emergencia de la clase media se sustenta simplemente con una extensa cita de *El Tiempo* y nada más.

De ahí en adelante, en los cinco siguientes capítulos, se presenta un panorama excesivamente descriptivo sobre las condiciones de vida de la niñez colombiana, o más exactamente bogotana. Así, se habla en primer lugar de la salud de los niños, del tipo de enfermedades y epidemias más frecuentes, de la desnutrición, de la historia de los hospitales infantiles, del surgimiento de la propaganda alimentaria, etc. En segundo lugar, se describe la situación educativa, y aunque se habla de la re-

forma liberal y la contrarreforma conservadora, ese tema no es desarrollado en forma analítica. Antes por el contrario, el texto se apega a descripciones superficiales sobre la construcción de escuelas y restaurantes escolares, el surgimiento de los colegios bilingües y mixtos y las pésimas condiciones de vida de los profesores colombianos. Así mismo, en los siguientes capítulos se hace una descripción sobre la transformación de la familia, pero sin considerar de ninguna forma los efectos que sobre ese proceso tuvieron fenómenos como la Violencia, o la incorporación de la mujer a la vida laboral. Se recalcan cuestiones relativas a la madre, los abuelos y los bebés, principalmente desde un punto de vista médico o higiénico pero no social ni económico.

Un tema que es decisivo para comprender la situación de la niñez a mediados del siglo está relacionado con el papel de la religión, máxime si tenemos en cuenta la contraofensiva conservadora después de 1946. Aunque las autoras le dedican un capítulo al tema, es el más breve y lacónico, y otra vez se limita a la pura descripción de costumbres como el catecismo, la comunión, la misa, etc. Aquí, hay una falta total de perspectiva analítica, para estudiar, por ejemplo, la manera como desde la infancia funcionaba el proyecto conservador y moralista, en el que se confabulaba la Iglesia con los sectores más retrógrados del partido conservador.

El libro termina como empezó; es decir, con una prolija descripción, pero esta vez de los nuevos espacios de recreación para los niños.

Aunque, como decíamos al principio, el intento de iniciar la investigación histórica sobre la niñez colombiana es loable, creemos que en este caso el resultado es decepcionante. Y lo es porque las autoras se limitaron a hacer una consulta de prensa, en la que sobresalen *El Tiempo*, *El Espectador* y *Cromos*, y a partir de esa consulta extrajeron una innumerable cantidad de citas textuales que ocupan algo así como el 50 por ciento de todo el libro, sin que exista ningún tipo de aproximación crítica a dicha información, dando por sentado que lo dicho por la prensa es cierto en sí mismo. Al mirar la bibliografía se nota la ausencia de

consulta en fuentes secundarias básicas para entender los grandes problemas del período, en lo relacionado con industrialización, transformaciones demográficas, Violencia, proletarización, que permitirían interrelacionar esos procesos con la situación de la niñez.



Esta ausencia se complementa con la inexistencia de referencias teóricas o metodológicas sobre la historia social, que podrían facilitar el análisis del objeto de estudio, los niños, inscribiéndolo en el contexto global de las características y transformaciones de la sociedad colombiana. Por el contrario, lo que predomina es el más chato empirismo y acriticidad respecto a las fuentes, lo que hace que en última instancia el libro se pueda considerar como una recopilación ordenada desde el punto de vista cronológico de las informaciones que publicaba la prensa colombiana sobre la niñez y la familia. En este sentido, este libro recuerda un poco la célebre historia de tijeras y goma, tan típica en nuestro medio hasta no hace muchos

años, y que consistía simplemente en recopilar información (para lo cual se abusaba del uso de las tijeras) para luego transcribirla *in extenso* (gastando enormes cantidades de pegamento). La diferencia, tal vez, es que ahora ese método tradicional es menos dispendioso y más veloz con el uso de la computadora, aunque, desde luego, el empleo de la tecnología moderna no cambia el problema.

RENÁN VEGA CANTOR

Una inestabilidad en busca de su autor

En busca de la estabilidad perdida
Francisco Leal Buitrago (compilador)
Tercer Mundo Editores, en coedición con el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y con Colciencias, Santafé de Bogotá, 1995, 331 págs.

El libro que se reseña en estas columnas es la compilación de ocho ensayos basados en otras tantas conferencias que igual número de expositores pronunciaron en el seminario "Buen gobierno para el desarrollo humano", realizado en agosto de 1994 por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia. Se presenta como un aporte al conocimiento del problema sociopolítico partiendo del análisis del comportamiento de actores institucionales destacados y sus repercusiones en el desarrollo económico, cultural y social de los colombianos.

El trabajo se ubica dentro del campo de la sociología política y analiza diversos aspectos de nuestra sociedad contemporánea, con el propósito más o menos explícito de subrayar las insuficiencias, defectos, peligros y bondades de la normatividad constitucional promulgada en 1991, sin proponer intenciones reformadoras subyacentes en los análisis críticos. Esto confirma su presentación general como un aporte al conocimiento del problema social a tra-